

# José Bergamín, las paradojas de un peregrino

Hortensia Campanella

Ya a los catorce años José Bergamín tenía claro su destino de escritor. A esa edad, solía contar, sintió la atracción de la escritura, pero también la fiebre ácrata por la política. ¿Cómo alguien tan obsesionado por la reflexión y por la expresión poética, alguien que sentía el pulso de la palabra –como decía María Zambrano, «la palabra que emana inagotable, que se destila como de una herida»– pudo quedar tan completamente atrapado por la política, hasta el momento mismo de su muerte? La respuesta está en la historia de España durante el siglo XX y en la peculiar manera de mirarse en ese espejo que tuvo el escritor. Este jovencito de clase alta, destinado a las leyes y a la cultura por formación y por inclinación, tenía cerca, en la figura del padre, un hombre de la Restauración, las claves de la vida política. Ya en la vejez, cuando lo conocí, gustaba de afirmar que si bien su padre era monárquico en su quehacer público, como ministro de la Gobernación, como consejero de la Reina, él creía que había sido republicano de corazón. Como abogado, había defendido a muchos republicanos y el joven José, que le acompañaba a las cárceles como pasante, oyéndolos hablar, sintió un impulso ideológico que se convirtió en compromiso. Este lo llevó a la conspiración durante la dictadura de Primo de Rivera, al activismo durante la II República, a la entrega total en la Guerra Civil, y a una militancia fuera del tiempo y las circunstancias desde el exilio hasta el regreso, mientras afrontaba cualquier sacrificio, incluso el silencio sobre sus artículos y opiniones en plena democracia.

Toda la vida de Bergamín fue un devenir perfectamente acorde con sus definiciones paradójicas. «Yo me equivoco; toda mi vida es una equivocación, pero no me arrepiento de nada», me dijo menos

de un año antes de morir, como balance vital.<sup>1</sup> Una y otra vez disfrutaba de la contradicción, como había dicho mucho tiempo antes: al igual que Mefistófeles «yo soy aquel que negándolo todo, todo lo afirma». Y coherentemente, había subtitulado «Cruz y Raya»: *Revista de afirmación y negación*. La misma María Zambrano, muy cercana a su trayectoria, lo describió como alguien a quien «nada le queda sin percibir, y así, la burla le es inevitable, pues que ve a un mismo tiempo los dos –por lo menos los dos– rostros de la pretendida realidad. Ve la realidad y su pretensión, su falacia. Ve la realidad y la irrealidad que la devora; el hueco tras la máscara sin que la máscara desaparezca ni se haga irreconocible»<sup>2</sup>.

De conspirador en diciembre de 1930, cuando pudo escapar vestido con la sotana de un cura que lo protegió, a Director General con Largo Caballero, «aquel maravilloso albañil madrileño», según el escritor. Y él, que desde antes de los 20 años participaba en las tertulias literarias, fundador con Gómez de la Serna de la del café Pombo, frecuentador de la de Benavente y Valle Inclán en el Gato Negro, de la de Alfonso Reyes en el Hotel Palace, me dice: «Azaña me conocía desde niño, pero como no me llevo bien con los intelectuales no me fui con él, y además, ¡era el Ministro de la Guerra!» Aunque sobre su admiración y cariño por Azaña no caben dudas, he ahí un ejemplo de la línea sesgada que adoptaba su mirada ante la realidad, siempre dudando y siempre comprometido. Tal como reza uno de sus aforismos de *La cabeza a pájaros*: «El péndulo no está nunca dudoso: está siempre dudando. Dudando con fe: con exactitud, con seguridad». José Esteban ha contado en un prólogo de 1981<sup>3</sup> una escena en la que un amigo le dice al escritor: «Si Azaña no fuera Azaña sería su mejor colaborador en Cruz y Raya», y Bergamín le contesta, «No, sería su mejor director». Así, una y otra vez dio pruebas de la coherencia

---

<sup>1</sup> Todas las declaraciones de José Bergamín fueron hechas a la autora entre 1979 y 1983.

<sup>2</sup> Prólogo a *José Bergamín. Poesías casi completas*. Alianza Editorial, Madrid, 1980, p. 8.

<sup>3</sup> José Bergamín, *El cohete y la estrella y La cabeza a pájaros*. Edición de José Esteban. Cátedra, Madrid, 1981.

de su pensamiento literario proyectado, sin embargo, sobre un accionar político e intelectual que muchos no han comprendido e incluso han enjuiciado. Antonio Muñoz Molina, en su novela *La noche de los tiempos* (2009), crea un personaje Bergamín como un comisario político frío y despiadado, capaz de decir: «O somos pueblo o no somos nada, residuos de especies destinadas a perecer» para explicar de manera maniquea los excesos del lado republicano.

Sin duda, a pesar de sentirse en el compromiso de ser un hombre de acción, fue su intelecto lo que lo colocó en la historia de España. Ya en *El cohete y la estrella*, cuyo subtítulo es *Afirmaciones y dudas aforísticas, lanzadas por elevación*, y tan temprano como en 1923, decía: «Sé apasionado hasta la inteligencia», y se puede afirmar que él mismo lo consiguió, tan apasionado, tan inteligente, tan dual.

Como tantos españoles, intelectuales o no, él consideraba que había tenido dos vidas: hasta la guerra civil y después. Ese atroz corte fue una herida abierta en su conciencia y en su memoria. Hasta 1936 ya había desarrollado buena parte de su obra aforística (original, y desconcertante para muchos), también una importante labor crítica cimentada en su cultura literaria, extensa y variada, a la par que ensayos ya reunidos en libro; sin mencionar la obra poética, como sus célebres sonetos. Por si eso fuera poco, su impulso agitador lo llevó a una importante labor de editor, colaborando, además, en las revistas importantes y fundando otras que resultaron claves para la difusión de la obra de autores extranjeros y españoles y para la presentación de jóvenes poco conocidos, sin que la generosidad de Bergamín tuviera en cuenta origen o circunstancias, como lo demuestra la publicación de *Abril*, de Luis Rosales, o del auto sacramental *Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras*, de Miguel Hernández.

Si bien es cierto que durante el exilio escribió numerosos artículos y las principales obras de teatro de su producción, ese transcurrir de la España peregrina, como acertadamente bautizó a un hecho histórico y cultural tan dramático, fue un camino de persistencia, sacando fuerzas de aquel crisol literario y político, y fue también la proyección de una influencia casi involuntaria sobre

generaciones ansiosas de conocer a las figuras de aquella República Española, vencida pero no borrada. Así, América Latina, desde México hasta Argentina, desde Cuba y Venezuela hasta Uruguay, se nutrió de pasión y sabiduría española. Y aquellos que habían llorado junto a la radio la traición a la República, pudieron ser discípulos de los protagonistas, y luego entregar a su vez a sus alumnos, que éramos nosotros, la generación siguiente, el testigo de una cultura que languidecía en el solar materno pero florecía y se reproducía en esos países, lejanos en quilómetros, pero palpitantes de interés. Este es un ejemplo para quienes en los últimos tiempos cultivan la amnesia: no hay elección posible, la memoria se nutre de amor y de admiración, de gratitud y de respeto. Así, mis profesores nos introdujeron en aquella cultura literaria y política de un modo natural y persuasivo, mediante el sentimiento, la lucidez y el conocimiento.

El exilio primero de Bergamín en México fue un período todavía lleno de pasión creadora, de ganas de luchar, tanto en su obra más personal (publica el tercer tomo de *Disparadero español*, y otros libros, como *Detrás de la cruz*, *El pozo de las angustias*, *El pasajero. Peregrino español en América*), como en su tarea como editor en Séneca, o dirigiendo la revista «España Peregrina». La muerte de su mujer en 1943, una grave enfermedad de su hija y el final de la guerra mundial sin que se avizorara el retorno de la democracia republicana que él tanto anhelaba, fueron golpes decisivos para ahondar el escepticismo y la soledad de este hombre que recién llegaba a los 50 años. El traslado a Venezuela, junto a su hermano arquitecto que vivía allí, no fue una decisión estimulante. Y recién cuando descubrió el ambiente más propicio de Uruguay, pudo reafirmar uno de sus lemas favoritos, el verso de D'Annunzio: «*Io nacquo ogni mattina*».

Ese renacer diario fue la fuerza que iluminó el período de su primera residencia en Uruguay (1947-1954) en el que ejerció una gran influencia, especialmente en las generaciones más jóvenes, y, sobre todo, se sintió feliz por primera vez en años. Casi tres décadas después me dijo: «por la manera como el país me adoptó, por el contacto con esa vida cultural en efervescencia, no europea, sino tan universal, me siento completamente uruguayo. Para mí era volver a una España ideada, a una España que no ha

existido nunca, por eso Uruguay es la nostalgia mayor que tengo». La plena constatación de esos sentimientos la tuvo en 1963, cuando luego de muchos años de esa primera estadía en Montevideo, luego de haber vivido un período complicado en España, debió asilarse en la embajada uruguaya y retornar brevemente al país sudamericano: «la emoción que sentí al llegar era exactamente la misma emoción que había sentido al volver a España por primera vez después de veinte años. Entonces me di cuenta de que lo que importa no es que vuelvas a la patria, sino que tú vuelves al lugar donde has tenido una vida sentimental y emocional plena».

Indudablemente se estableció una relación especial entre el maestro que llegaba a dar clases a la Universidad con el expreso compromiso de no ejercer de «verdadero» profesor, fiel a su doctrina de «defensa del analfabetismo», y los jóvenes escritores, muchos de los cuales apenas pasaban los veinte años, pero que ya se sentían pertenecientes a una generación literaria. Formaban parte de la que luego sería llamada «generación del 45» o «generación de Marcha» o «generación crítica»: Ángel Rama, Ida Vitale, Amanda Berenguer, José Pedro Díaz, Guido Castillo, Carlos Maggi, Manuel Flores Mora y varios más. Esa relación partía de una paradoja inicial que seguramente a él le entusiasmaba: la tradición cultural uruguaya se cimentaba en la defensa a ultranza de la escuela como instrumento de integración y avance social, sus intelectuales eran mayoritariamente agnósticos y socialistas, y el país había desterrado la fiesta de los toros varias décadas antes de la llegada de este comunista católico amante de la tauromaquia. Pero enseguida se estableció una vinculación de amistad y admiración que se fortaleció alrededor de mesas de café o tertulias en las casas de estos jóvenes, donde Bergamín les abría horizontes literarios que luego se verían reflejados en buena parte de la obra de muchos de ellos. No es de extrañar esa influencia. Bergamín fue un hombre plenamente ganado por la literatura; su conocimiento de autores y obras iba más allá de la erudición, era una vivencia renovada en la cita y en la referencia hacia otras obras y autores. Clásicos, maestros o contemporáneos son compañeros de pensamiento y sensibilidad, tal como vemos en textos todavía juveniles como «El disparate en la literatura española» o en ensa-

yos de gran ambición a pesar de su carácter fragmentario, como «Beltenebros o de la naturaleza y figuración fronteriza de la poesía». Y aún allí donde el juicio puede ser discutible o poco comprensible, el mismo se asienta en un conocimiento profundo de la tradición literaria y en la búsqueda de una significación que pueda ser transmisible. En fin, a pesar de sus afirmaciones, su posición era la de un maestro y así fue considerado.

También se relacionó en Uruguay con escritores de otras generaciones como Francisco Espínola o Felisberto Hernández («sus cuentos me gustan más que los de Borges, son menos cerebrales, menos retóricos, tienen una bella sensualidad»). Volvió a encontrarse con Julio J. Casal, en cuya revista *Alfar* había escrito en su período gallego y lo hizo ahora también en su renacimiento montevideano, y con un artista ya consagrado como Joaquín Torres García, hacía un tiempo retornado desde Cataluña, cuyo taller era un verdadero lugar de encuentro. «El contacto con ese mundo fue importantísimo para mí, fue una vida nueva». Y aunque él siempre fue discreto, se sabe que también experimentó un renacer sentimental.

Como a lo largo de toda su vida, tampoco en Uruguay Bergamín se encontró con la unanimidad del entorno. Un sector de la «generación del 45», los más cercanos al semanario *Marcha* y a la revista *Número*, como Mario Benedetti, Emir Rodríguez Monegal, Idea Vilariño, se mantuvieron alejados, si no críticos, del intelectual y de la persona. Obviamente, también hubo un entorno conservador que lo anatemizaba como comunista. Pero tal vez el peor episodio lo vivió con una compatriota, como él exiliada. La gran actriz catalana, Margarita Xirgu, había sido invitada a crear un teatro oficial uruguayo, la Comedia Nacional, nacida en 1947, y dirigía un elenco de creciente prestigio. A finales de 1949 se produce un brusco desencuentro entre Bergamín y la actriz al negarse ésta a estrenar *La niña guerrillera*, obra de su primer exilio en México, publicada por Manuel Altolaguirre en 1945. La descalificación ideológica de la obra por parte de Xirgu no hizo más que enrarecer el intercambio de opiniones que cobró estado público en la prensa montevideana, asegurándose por parte de muchos que la misma se debía a que la actriz buscaba la autorización del régimen de Franco para retornar a España, cosa

que nunca consiguió.<sup>4</sup> Como consecuencia de este distanciamiento se produjo otro episodio muy ilustrativo de la carga emocional que acompañó la presencia del exilio español en los países latinoamericanos.

El escritor uruguayo Enrique Amorím, gran animador cultural en el Río de la Plata, con iniciativas de mucho calado y significación política gracias, al mismo tiempo, a su fortuna familiar, a su personalidad carismática y a su ideología comunista, impulsó el levantamiento de un monumento a Federico García Lorca, que resultó ser el primero en todo el mundo. Amigo del poeta granadino, su acompañante en el viaje que había realizado aquel a Montevideo y Buenos Aires en 1932, su idea fue levantar a orillas del río Uruguay un muro, con un espejo de agua al pie, en el que mandó grabar los versos de Antonio Machado: «Labrad amigos/de piedra y sueño en el Alhambra/ un túmulo al poeta/sobre una fuente donde llore el agua/ y eternamente diga:/ 'El crimen fue en Granada, en su Granada». En diciembre de 1953 estaba prevista su inauguración con la participación de Bergamín, de Margarita Xirgu y del conjunto de los exiliados republicanos. La anterior polémica rebajó notablemente el alcance del homenaje del que se retiró Bergamín por las críticas de sus compatriotas a lo que les parecía una utilización partidista del nombre de García Lorca.

En esos momentos se separan los caminos de estos dos españoles peregrinos, Margarita Xirgu morirá más tarde en Uruguay y allí está su tumba, y Bergamín empieza un acercamiento a España con un breve intervalo previo en París. Vivirá en Madrid desde 1958, pero ese fue un período demasiado riesgoso para quien no puede dejar de opinar, y una protesta en 1963 ante el entonces ministro Fraga Iribarne provocará su expulsión; será entonces cuando se asile en la embajada uruguaya, temiendo por su libertad.

Pasando antes por Montevideo, llegó a París por segunda vez, sin documentos y contraviniendo todas las leyes internacionales,

---

<sup>4</sup> Para un análisis exhaustivo de estos episodios y en general de los años de Bergamín en Montevideo, véase Rosa María Grillo, *José Bergamín en Uruguay, una docencia heterodoxa*, Cal y Canto, Montevideo, 1995.

gracias a la amistad del gobierno uruguayo por un lado y del entonces ministro André Malraux, su gran compañero de diálogos, por otro.

Esa época enfrenta al escritor con un espejo vacío. Son momentos de incertidumbre que él irónicamente bautiza como «la época del fantasma». En la documentación provisional que le dieron en Francia, en la Carte de Séjour que se renovaba anualmente decía: Nacionalidad: «a determinar». La vivienda que le habían asignado era en un Palacio del Marais casi deshabitado, donde él deambulaba sintiéndose fantasma y casi invisible, y hasta bromeaba con la idea de que de ese modo correspondía a la generosidad francesa, proporcionando a ese espléndido palacio el fantasma que le faltaba.

Cuando en 1970 regresa definitivamente a España, cree que dejará aquella condición para entrar por fin en la realidad española. Pero ahora, como queda dicho en los artículos que publica en Sábado Gráfico, se encontrará con «el espejo de Narciso», porque cada uno es dos, y porque España remite, una y otra vez, como señalaba Unamuno y también Antonio Machado, a la España «caínita» y también a la «abelita». Aunque él creía que hay muchas Españas, también que cada una de ellas son dos. En esta época, sin embargo, se esquivo cuidadosamente la mención de las dos Españas como un modo de restañar heridas, de conseguir una transición pacífica. Y entonces se da cuenta de que es ahora cuando verdaderamente se ha convertido en fantasma: no existe, no debe existir para evitar recuerdos molestos. Se siente exiliado en su propia patria y su respuesta es el aislamiento. «Por eso vivo en una azotea», decía refiriéndose a su pequeño refugio en una sexta planta sobre la Plaza de Oriente, «pero la soledad a solas no me gusta. Para estar solo necesito que haya alguien en la habitación de al lado. Cuando era joven no toleraba la soledad del campo. Recuerdo que una vez que hablé de esto con Malraux, me dijo que para vivir en el campo hay que creer en Dios. Y yo no creo en Dios, creo en Cristo».

Ese imperativo de la fe, trasladado tempranamente a la poesía, provocó en 1937 el asombro de Antonio Machado, quien, ante los *Tres sonetos a Cristo crucificado ante el mar*, dijo que en ellos «parecen latir todavía las más vivas arterias de nuestro mejor

barroco literario». De la soledad, de la angustia de la soledad, han surgido los mejores poemas de Bergamín. «Casi todos los poemas los he escrito de madrugada. Una vez, en 1951 o 52, descubrí que compartía con Picasso la angustia de la madrugada. Porque generalmente, lo mismo en el hombre que en los animales, las angustias son crepusculares, pero yo soy crepuscular de madrugada. Picasso tenía mucho miedo a la muerte y cuando se despertaba de madrugada angustiado, tenía papel y lápiz al lado de la cama y escribía poemas. Unamuno hacía lo mismo. Yo tendría que pintar en mi insomnio matinal, pero como no puedo, me desahogo escribiendo en verso. A una edad en la que no se puede resucitar tan fácilmente, la angustia se pasa imaginativamente y sobre todo musicalmente. Porque para mí todo arte, pero mucho más el arte literario, es esencialmente música». Al hablar del arte en la primera página de *La música callada del toreo*, Bergamín se refiere a «la música para los ojos del alma y para el oído del corazón; que es el *tercer oído* del que nos habló Nietzsche: el que escucha las armonías superiores». Y en ello se reconocía discípulo de Bécquer, con su música tan sencilla y su fórmula de la rima. Y cuando no usa la rima, usa el soneto: «El soneto es para mentir con sinceridad y la rima, para ser sincero». Retornando al juego de espejos, Bergamín confiesa que siempre fue sincero y mentiroso a la vez porque para él la mentira nunca es lo contrario de la verdad, es inseparable de la verdad. Entonces, en este sentido, la mentira no es el error ni el engaño. Y recuerda muy seriamente una coplilla propia que dice: «la verdad es la verdad solo cuando la mentira la parte por la mitad».

Los últimos años de vida de Bergamín cierran cíclicamente, a mi juicio, una descripción que él mismo había hecho de su evolución ideológica. El había señalado las distintas etapas de su vida empezando por una temprana juventud anarquista, una profunda conversión al catolicismo, en el que siempre insistió en su obsesión por la figura de Cristo, y por último, una apropiación teórica y práctica del marxismo. A estas fases yo agregaría una culminación de nuevo ácrata, no tanto por sus definiciones ideológicas, que fueron de un marxismo de apoyo a ETA como último reducto de la «pureza», sino por su actitud sentimental de ruptura con la nueva realidad de consenso, y de cólera ante la general acepta-

ción de la monarquía. En último término, la definición de su postura final que me comunicó cuando decidió vivir en el País Vasco, era nuevamente una paradoja perfectamente coherente con su vida, pero difícilmente asumible por los movimientos políticos más mayoritarios: «ahora soy vasco porque lo único que queda en España de español es el País Vasco». Era, como escribió Francisco Umbral, un escritor sin sitio, yo diría más, un escritor republicano español sin sitio.

Del punto de vista de su disponibilidad intelectual mantuvo hasta casi el momento de su muerte el rasgo que le había reconocido muy tempranamente Azorín: «Maestro de gran parte de la juventud española...». Su casa siempre abierta, su disposición a participar —se presentó a las elecciones a senador con el Partido Izquierda Republicana en 1979—, su actitud provocadora que lo llevó a los tribunales por delitos de opinión en una democracia todavía insuficiente, su intransigencia desde la fragilidad de la voz y la figura, lo mantuvieron en la primera línea de la actualidad política y literaria como un testigo incómodo, pero lejano del ruido de los españoles («los españoles no son fanáticos, son fonéticos, su expresión es el grito»).

Murió un mes después de su gran amigo Luis Buñuel, con quien había compartido vida en México, y a quien le había regalado un título emblemático, *El ángel exterminador*, con la misma generosidad que mucho antes le había regalado a Alberti el famoso *Cal y canto*. Y él, que toda su vida se había sentido «espejo, sombra y eco de la muerte», al fin pudo traspasar esa línea que en su poesía parece ansiar:

Me iré pronto de mí  
Y sin saber adónde.  
Estoy esperando oír  
Esa música, ese canto.  
Ese cantar melodioso  
Que va a venir tan callando.

José Bergamín fue una figura única dentro de lo que casi todos llamamos Generación del 27, pero que él, con su sensible acierto para los nombres llamaba «Constelación republicana». Por la

variedad de sus empeños, por la originalidad de su pensamiento y de su expresión (en 1981 Fernando Savater lo citaba como «tal vez nuestro mejor prosista vivo»), por la temblorosa intuición de su poesía, merece un recuerdo que en estos casi treinta años transcurridos desde su muerte, ha sufrido un descaecimiento injusto, fruto de un comprensible desconcierto ante sus últimas posiciones políticas, pero también de enjuiciamientos hipócritas. Es su obra la que nos debe convocar, aquella cuya esencia define también María Zambrano: «viviente historia, viviente memoria», aquella que nos ilumina con la paradoja y con el reflejo de espejos oblicuos, que nos van mostrando a nosotros mismos y al mundo, y a nosotros en el mundo, lo cual para él es la realidad finita y trascendente como imagen especular:

«Por debajo del ensueño de la vida  
no es sueño el de la muerte:  
es despertar del alma que dormía».

Y en cuanto a su trayectoria humana, más allá de la arbitrariedad de sus emociones –tierno y refinado con sus amigos, duro e irritable con el oponente–, Bergamín guió siempre sus actos por pulsiones ideológicas en las que no cabía el interés egoísta, y en especial por lo que él creyó referentes éticos insoslayables:

«La muerte que me espanta  
no es la que nos pudre el cuerpo,  
es la que nos pudre el alma».